

Acabo de llegar a la Facultad de Ciencias y no conozco a nadie. Es el primer día de curso y tiemblo como un flan ante las expectativas que se me plantean en esta nueva vicisitud, desconocida para mí e insospechada, pero emocionante y retadora al mismo tiempo. Era mi sueño desde niño, un sueño que ahora se ha hecho realidad después de horas y horas de estudio y privaciones, de clases particulares caras costeadas con el sacrificio de mi familia y exámenes infinitos superados con nota.

Ahora me viene a la memoria la imagen de mis padres, con lágrimas en los ojos, cuando les anuncié que había conseguido la plaza en esta Universidad tan prestigiosa. A mí también casi se me saltan algunas otras por empatía, por dolor, por alborozo, por egolatría, no sé...son muchas las sensaciones que se entremezclan en mi espíritu al evocar mi nuevo estatus. Mi madre no paraba de abrazarme como si fuera el hijo pródigo de las Escrituras y mi padre saltaba sobre sus posaderas sin levantarse del sillón, tirando los mandos de la tele al suelo con la euforia y desperdigando las pilas. El orgullo que sentían por mi logro no tenía parangón ni antecedentes en mi saga, herederos y baluartes de una pequeña tienda de barrio que apenas nos daba para vivir entre penurias. Pero he de volver a lo real y aterrizar lo antes posible en la pista de este aeropuerto universitario.

Sigo recorriendo los pasillos buscando las aulas y los departamentos. Todo está vacío y en silencio y no encuentro a quién preguntar. Subo a la primera planta y, al terminar el último tramo de escalera, un ruido ensordecedor me anuncia, de pronto, una marabunta de gente, de gente saliendo a toda prisa de lo que parece ser el aula magna y dirigiéndose hacia mí. Tras el susto inicial, creyendo que ocurre alguna emergencia, aprecio que no se trata de eso. En un aparente caos sin control –valga el pleonasma- la turba se acerca a gran velocidad hacia mi posición y entonces decido apartarme con diligencia contra la pared para evitar que me engullan en su vorágine. Al instante, los que dirigen aquello detienen la estampida a base de gritos y desagradables pitidos de

silbato, justo antes de mi atropello, y uno de ellos, el que parece liderar las operaciones, con un flequillo insolente y pasado de moda, me espeta:

- ¡Eh, tú, puto novato! ¡Con su chaquetita y su corbatita viene a la Facu el niño pijo, recién peinadito por su mamá! ¿Qué te creías, que te ibas a ir de rositas? Cada día venís más tontitos- se ve que tiene predilección por los diminutivos y un odio cerval a la elegancia.

Mientras los demás se carcajean de su estúpida ocurrencia y sin darme tiempo a reaccionar, un huevo de gallina crudo, tamaño XL al menos, lanzado por él me impacta en la frente causándome más sorpresa que daño. Inmediatamente, fuera de mí, tras contenerme con mucho esfuerzo, intento dialogar con el petimetre:

- ¡Perdona, pero no sabes con quién estás tratando. Y tu conducta, más que reprobable, te puede costar muy cara, porque...!

Esta vez una docena entera, una lluvia de yemas y cascarones, es la que me impide seguir razonando. Luego me empujan entre varios hasta el centro del grupo, donde todos los estudiantes, de la misma guisa que yo, pero en lugar de llevar traje y corbata, ataviados con batas empapadas en pintura, gorros de baño con orejas postizas de burro y los propios pabellones auriculares embadurnados burdamente con mercurocromo, por fuera de la goma del gorro de baño amarillo.

Una pelirroja, apartándose la clara que le chorrea por las comisuras de los labios con el dorso de su mano izquierda, me dice en voz baja:

- No intentes enfrentarte a ellos o la tomarán contigo, que es peor. ¡Aguanta, que ya queda poco!

Parece ser que es el día de la “bienvenida oficial” a los recién llegados. El grupo me lleva en volandas con el avance de su comitiva, formada por más de setenta jóvenes con cara de pocos amigos, bastante hartos ya de las novatadas, las cuales empezaron siendo útiles en sus orígenes, una forma de vencer la timidez de los recientes universitarios y hacer que perdieran la

vergüenza y conociesen gente, como una presentación gamberra en público que los desinhibiera.

Me vuelven a rescatar de las entrañas del grupo y pienso que por fin la sensatez se ha impuesto, pero solo es para untarme la mercromina y que no desentone con el resto al ser el único sin los pabellones auriculares del color de los pimientos morrones que quedaba y colocarme el gorrito gualda.

Al final me lo tomo con filosofía, puesto que no puedo hacer otra cosa y, tras más de dos horas deambulando por las instalaciones del recinto, al albedrío de los veteranos, que al final se acaban aburriendo de nosotros y van desertando, poco a poco nos vamos escabullendo de su vigilancia y el grupo se disuelve disimuladamente hasta desaparecer totalmente por el laberinto de pasillos.

Ya en los lavabos, de deshago del atrezzo, intento quitarme la pintura de las orejas y lavarme los restos de albúmina, pero me resultan imposibles ambas tareas por lo que mi aspecto de marciano resultón o de loco escapado del frenopático no tiene desperdicio.

Me presento en el claustro. Los profesores se retuercen de la risa al verme y sospechar lo ocurrido. Casi todos me piden permiso para hacerse un selfie conmigo.

En fin, estos son los inconvenientes de tener cara barbilampiña y de ser el catedrático más joven de Andalucía.

Los pros los apreciaré al final del cuatrimestre, cuando tenga que corregir los exámenes de Física al cipote del flequillo.